

---

# REVISTA

DEL COLEGIO MAYOR DE NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO

Bogotá, Abril 1.º de 1909

---

## EL MAESTRO Y LA AUTORIDAD

He comenzado esta serie de pláticas poniéndoos delante los que de buena gana llamaría yo autoridades celestiales de nuestra familia escolar: Dios, el Padre; María, la Madre; los ángeles, los hermanos; los santos, los antepasados gloriosos. ¡Qué familia! ¡Qué autoridades superiores ésas!

Es tiempo de que, descendiendo á la tierra, os haga conocer las autoridades, no divinas, sino humanas de la Escuela cristiana. Os hablaré esta mañana del maestro.

Hay lugares en que suena mal la palabra maestro: no me sorprende, hijos míos: es palabra que no produce sonido alguno respetable ó grato al oído del hombre, desde que no produce un sonido sagrado y adorable al oído del cristiano. Para la mayor parte el maestro representa solamente la coacción, y no inspira más que odio. Y el poeta no hace más que traducir un sentimiento vulgar pero muy real, cuando dice en sus fábulas:

El maestro es enemigo:

En buen francés os lo digo.

Cierto es, ¡ay! que desde algún punto de vista, es muy francés tal modo de pensar. Es muy francés, sobre todo desde hace un siglo, hacer del maestro el blanco de la aversión y de la rebelión.... Y ¿qué hemos conseguido? ¿Hemos progresado mucho?

Pero dejemos este asunto; en su origen, la palabra maestro no fue tan despreciativa; bástenos, para creerlo así, el testimonio de la etimología, el testimonio del len-



guaje que, queriendo traducir la idea de maestro por una palabra que respondiese á la grandeza de la dignidad, le llamó en latín *magister*, tres veces más, tres veces grande.

En efecto, triple es la grandeza que al maestro confiere la autoridad de Dios primero, la de la familia después, y en tercer lugar la de sus propias virtudes y su ministerio.

Os explicaré sucesivamente estas tres cosas. Después, cuando os haya demostrado lo que es el maestro para vosotros, en la instrucción siguiente os haré ver lo que en justa correspondencia debéis ser vosotros para con él.

## I

He pronunciado, hijos míos, la palabra *autoridad*: y si comprendéis bien su verdadero significado, sabréis que en el fondo y en su origen no hay ni ha habido más que una *autoridad*, porque no hay más que un solo *autor*; y esa autoridad única, y ese autor soberano de todas las cosas, es Dios. “De Él viene toda paternidad,” dijo San Pablo. Y cuando vino al mundo el Autor de todas las cosas, aceptó el nombre de Maestro que le dieron los hombres. “Me llamáis Señor y Maestro, y decís la verdad,” declaró Nuestro Señor Jesucristo.

Pero el Redentor no debía ejercer largo tiempo por sí mismo aquel magisterio soberano. Y delegó el título y las funciones de maestro á los hombres, á quienes dio la investidura en esta forma: “El que os escucha, me escucha; el que os desprecia, me desprecia.” De este modo debían suceder á su jefe los lugartenientes en la plenitud de sus derechos. Por eso, antes de partir, congregados todos en la cumbre de una montaña, les muestra el Maestro el cielo que se extiende sobre sus cabezas y el universo que se abre á su labor, diciéndoles de este modo: “Se me ha dado todo el poder en el cielo y en la tierra, id y enseñad; id y bautizad.” ¿Qué dominio les confería con estas palabras? El dominio de la verdad y el de la gracia. ¿Qué poder les transmitía? El de instruir por una parte, *docete*; el de

santificar por otra, *baptizantes*; ó en otros términos: la instrucción y la educación de los hombres.

Que no se nos diga que las palabras del Señor se referían solamente á la enseñanza de la religión, de tal manera que, fuera de nuestro ministerio de catecismo y de predicación, no hemos de tener misión de gracia para enseñaros. Si así fuera, respondería yo con el más grande Prelado de nuestros tiempos, con el Cardenal Pie: “Sólo un sofisma es capaz de levantar un muro de separación entre la enseñanza de las verdades cristianas, y la enseñanza de las letras y de las ciencias humanas, tanto porque éstas y aquéllas se tocan, se compenetran, se confunden de un modo indivisible, como porque no ha establecido la naturaleza límite de separación entre el corazón y la inteligencia, entre el hombre literato y científico y el hombre religioso.”

Pero me preguntaréis: ¿Por qué ha querido Dios que sean sacerdotes nuestros maestros? ¿Por qué ha determinado que nuestros preceptores sean al mismo tiempo nuestros santificadores, y que los ministros de la ciencia sean para nosotros los ministros de la gracia? ¡Ah! hijos míos, esto es lo admirable, lo que nunca sabréis agradecerle lo bastante. En efecto, no se trata solamente de instruiros; se trata de educaros: es decir, de hacer crecer cada una de vuestras facultades en el orden sobrenatural lo mismo que en el orden natural; y esto sólo el sacerdote puede conseguirlo. Porque, hijos míos, sois inteligencias, inteligencias sedientas no tanto de los conocimientos humanos, como de la doctrina divina; y vuestro maestro, vuestro preceptor es al mismo tiempo doctor y predicador de las revelaciones celestiales. Sois también conciencias, conciencias vacilantes, conciencias tentadas, conciencias heridas, conciencias enfermas tal vez; y vuestro maestro es al mismo tiempo el director que os muestra el sendero que debéis seguir, el guía que os da la mano, el médico que os cura, el salvador que os absuelve, el redentor que os vivifica con la sangre de Jesucristo. Sois además corazones, sois cora-

zones alternativamente ardientes y helados, arrebatados y desfallecidos, arrastrados hacia el mal y solicitados por el bien, cautivados en el tiempo y hechos para la eternidad; y vuestro maestro es á un mismo tiempo ministro de Dios de la gracia y del amor, sacerdote que por vosotros sube todos los días al altar y hace descender del cielo al que es corazón eterno y alimento inmortal de los corazones dignos de El. En fin, sois almas; almas inmortales, destinadas á reinar en el cielo, y cuya única aspiración es la de llegar á ese término; y ved cómo, por la gracia de Dios, vuestro maestro de todos los días es para vosotros, ante todo, ministro de la salvación é introductor á la vida eterna. Jamás se ha dado ministerio tan completo como éste: se extiende á todo el hombre, al hombre intelectual, al hombre moral, al hombre espiritual, al hombre inmortal. Era verdad que "se nos daba todo el poder en el cielo y en la tierra." Y no hay región, por superior que sea, á la que no podamos elevar á los que se hacen discípulos nuestros; no hay dominio del que Jesucristo no nos haya entregado las llaves, la llave de la doctrina, la llave de las conciencias, la llave del tabernáculo, y con ella la llave del reino de los cielos.

¿Qué más añadir á esos divinos títulos de nuestra autoridad? Escritos están en el Evangelio y en la historia que los ha santificado con una prescripción de veinte siglos. Escuchad las palabras de un hombre á la moderna, y que no es sospechoso de favoritismo para la Iglesia. Me refiero á M. Thiers, el cual dice: "Cuando la vieja Roma cafa vencida y derramando sangre á los pies de los bárbaros, la Iglesia Romana recogió el espíritu humano como un pobre niño abandonado que en el saqueo de una población se encontrase expirante en el seno de su madre asesinada. La Iglesia le recogió, ocultándole en sus asilos religiosos, cuya arquitectura misteriosa y gallarda ha sido tan admirada por nuestro siglo. Una vez en ellos, sirvió á su inteligencia el alimento de las letras griegas y latinas, enseñándole

cuanto sabía, y nadie entonces sabía más que la Iglesia; le prodigó todos sus cuidados hasta el día en que aquel niño, hecho hombre, se llamó Descartes, Bacon, Galileo...."

Pero M. Thiers no acaba. El niño se llamó también Pascal, Bossuet, Corneille, Racine y ¡cuántos otros más! Mucho siento, hijos míos, no poder describiros detalladamente el modo como la Iglesia ha cumplido en todos los tiempos su misión de instruir á los hombres. Verfais en primer lugar, con qué paciencia enseñó á leer y á escribir á aquellas hordas de bárbaros que hacían gala de no conocer los libros. Verfais cómo sembró por Europa entera aquellas escuelas, aquellos colegios, aquellas universidades que han trazado la vía luminosa y estrellada que se llama civilización. Verfais en seguida de qué modo, creadas ya las escuelas, creó los maestros, maestros de genio á veces, legiones de maestros en las congregaciones que ha disciplinado al servicio de la ciencia y al servicio de Dios. Verfais cómo hizo nacer las obras del saber humano, cuyas conquistas le pertenecen en su mayor parte. Verfais, en fin, hijos míos, cómo la Iglesia, creados los maestros, los instrumentos, los libros y las escuelas, supo crearse discípulos, multitud de discípulos que poblaron el mundo entero y lograron colocarse durante largo tiempo á la cabeza del mismo. Pero contar estas cosas sería trabajo tan improbable como superfluo: la historia entera nos dispensa de realizarlo.

Ved el primer título de nuestra autoridad, el primer título que os presentamos. Venimos á vosotros en nombre del Evangelio y de la Iglesia de Jesucristo; pero venimos también en nombre de vuestras familias, de las que somos mandatarios y representantes. Es este el segundo título de la carta de nuestra autoridad, sobre el cual es indispensable que nos entendamos.

## II

¡La familia! ¡el hogar! Ahí están puestos por Dios, vuestros verdaderos y principales instructores: son vuestros padres y vuestras madres. ¿Por qué, pues, no vivís en aquel centro, y por qué la familia nos ha puesto en su lugar? Escuchad, hijos míos, y sabed lo que de vosotros se dijo en la intimidad de un consejo doméstico, al que probablemente no asististeis, pero que tuvo lugar una noche entre vuestro padre y vuestra madre que acababan de bendeciros, y que, viéndoos crecer, se preguntaban en la inquietud de su corazón qué harían de vosotros.

“Quiero, decía vuestro padre, que mi hijo sea un hombre: es inteligente; pero, si ha de dar fruto su inteligencia, es necesario cultivarla. Y como esa cultura del espíritu no he de poder yo dársela por mí mismo, hora es ya de que lo confiemos á maestros competentes que lo hagan por mí, y que lo harán mejor que yo.”

La madre decía á su vez: “Yo también quiero que mi hijo sea un hombre; ruego por ello á Dios todos los días. Es bueno, es inocente; pero conozco que ha llegado el momento de convertir su bondad en valor y su inocencia en virtud. Y como por la edad á que ha llegado, no puedo contar con mis propias fuerzas para dirigir en adelante su vida, consiento, puesto que es preciso, en que sea confiado á corazones que le amen como yo, y que han de conducirlo con más virilidad que yo.”

Y después, como vuestros padres y vuestras madres son ante todo cristianos, se dijeron que, queriendo en primer lugar vuestra salvación, y no habiéndoos dado la existencia más que con este fin, debían confiaros sólo á hombres que cuidasen de vuestras almas, y tuviesen el poder de conducirlos á la vida eterna; en una palabra: á maestros que fuesen no solamente padres y madres como ellos mismos, sino que además fuesen sacerdotes. Así se convino en el consejo doméstico de que os hablo, que dejaría el niño la familia, pero para entrar en la escuela de Dios.

Entendedlo, pues, bien: aquel día quedó cerrado tácitamente entre vuestros padres y nosotros un pacto formal. Desde el momento en que por este mismo pacto hicieron escribir vuestros nombres en los registros de nuestro colegio, vuestros padres y vuestras madres delegaron en nosotros toda la autoridad que sobre vosotros tienen. Desde entonces una gran parte de su derecho de paternidad y de maternidad, sin dejar por eso de reposar en sus cabezas, pasó necesariamente á la nuestra, como una corona, es verdad; pero también como una carga, cuya responsabilidad nos incumbe como á ellos. Vuestro tiempo, vuestras fuerzas y todas vuestras facultades entraron á formar parte del régimen de esa constitución que se llama reglamento, y como es un axioma de derecho que lo que se da no se quita, vuestros padres, que nos han investido de aquel derecho, se guardan de recuperarlo arbitrariamente en cosa pequeña ó grande, mientras dure el pacto convenido; y por lo tanto, no han de sustraeros á las leyes á que voluntariamente se sometieron. Así, hijos míos, tuvo lugar la transmisión, por no decir la substitución, de una paternidad á otra. Desde aquel momento fuisteis nuestros; y por este título sagrado tuvisteis razón al decirnos: “Padre mío,” del mismo modo que nosotros usamos de nuestro derecho más grato llamándoos: “Hijos nuestros.”

Por otra parte, contrajimos para con vosotros desde aquel día obligaciones á la vez paternas y sacerdotales que nos había enseñado ya el Evangelio. Acordaos, en efecto, de aquella página del Libro Sagrado en que el Señor encarga á sus discípulos que dejen á los niños llegar hasta EL. En primer lugar, Jesucristo recibe sobre su corazón á los pequeñuelos que depositan las madres en sus brazos; después los bendice; y finalmente les confiere la corona del reino de los cielos. Pues bien, hijos míos; estas tres palabras constituyen la expresión simbólica del triple deber que tenemos para con vosotros. Porque ¿qué es lo que debemos hacer? Amaros como Jesús, y como EL sos-

teneros en los brazos de un amor tierno, como el corazón de una madre, y puro como el corazón de un Dios: *Et amplexabatur eos.* ¿Qué debemos hacer además? Bendeciros como Jesús, es decir, hacer que descieran sobre vuestras cabezas las gracias que santifican, que purifican, que perdonan: *Et benedicebat eos.* ¿Qué debemos hacer, en fin? Educaros como Jesús, educaros, no solamente para el hogar, la patria, la sociedad y la tierra, sino para el cielo del que Jesús os hace reyes: *Talium est enim regnum cælorum.* Este es el fin supremo: el cielo. Y porque por sólo los medios humanos no podían ellos conducirlos hacia él, vuestro padre y vuestra madre, imitando á los del Evangelio, os han traído á nosotros, diciéndoos algo parecido á lo que dijera Filipo de Macedonia al joven príncipe Alejandro el Grande: “Vé, hijo mío, á buscar en otra parte un reino más grande; el mío no te basta ya.”

### III

Además, el maestro cristiano tiene sobre vosotros una autoridad que se deriva de sus virtudes y de su ministerio. Hablo de sus virtudes intelectuales y morales, de su inteligencia y de su corazón entregados á la juventud con una abnegación y un espíritu de sacrificio que constituyen el carácter propio de este sobrenatural magisterio de las almas.

Ved ese sacerdote, ese religioso, ese joven clérigo que dos veces al día sube á la cátedra de su clase ó á la presidencia del estudio en medio de los niños que le llaman maestro. Hace diez, quince, quizá más años que consagra el tiempo y las fuerzas á estudios que le colocan con frecuencia al frente de sus émulo, y que le presagian un bello porvenir. Es sacerdote ó va á serlo pronto. Hay en la hora presente conferencias brillantes que le llaman desde nuestras Facultades ó desde nuestros Seminarios, á las cuales ha renunciado para permanecer entre vosotros. Hay también un ministerio pastoral, un ministerio católico que

solicita su celo en las parroquias, en las misiones, en las regiones apartadas que parecen clamar á él como á San Pablo aquel hombre de Macedonia: “Venid á nosotros.” No será así: todos esos tesoros de inteligencia, de saber, de conocimientos adquiridos y de títulos conquistados serán reservados, consagrados á una veintena ó á una treintena de niños. Y aquella elevación de su inteligencia sabrá contenerla en los límites necesarios para ser comprendido por los más pequeños, iniciándolos en los primeros rudimentos del lenguaje y de las letras. Esa substancia del saber de que se ha alimentado durante veinte años, la transformará en su seno en dulce leche de doctrina para vuestra edad todavía tierna; ó, como el profeta Eliseo al resucitar al hijo de la viuda de Sarepta, descenderá hasta la talla misma de sus niños para infundirles la vida de la inteligencia y la vida del corazón. Hé aquí, hijos míos, lo que en nuestra escuela se ve todos los días: si la inteligencia constituye una superioridad es sobre todo cuando esta superioridad se olvida de sí, para darse enteramente. Y pienso yo que ese rebajamiento voluntario es una grandeza, y que esta mansedumbre es una autoridad.

Pero esto no es más que la mitad del sacrificio. El maestro cristiano no es sólo una esclarecida inteligencia; es también un corazón que rebosa ternura. Es un hombre que dejó un día á su familia, de la cual era esperanza y orgullo, y renunció ante Dios á la dicha permitida de fundar otra, para que vosotros fueseis su familia principal. Ha guardado su corazón libre de todo amor que no fuese para Dios ó para vosotros. Así pues, exclusivamente para vosotros latirá ese corazón virginal del maestro y del sacerdote que gozará con vuestras alegrías, sufrirá con vuestras penas y compartirá con vosotros los trabajos, las afeciones y hasta los juegos. Y al decir esto, hablo de su vida exterior y pública; su vida íntima, su vida de recogimiento y de piedad será también para vosotros. Por vosotros rogará y meditará; por vosotros llorará en secreto delante de Dios.

Nada digo, hijos míos, que no os sea conocido: habéis tenido maestros como los que acabo de describir; estoy leyendo en vuestros ojos llenos de lágrimas sus nombres dignos de eterna memoria. Pero si necesitáis un modelo más célebre, lo pondré delante de vosotros. Escuchad á un santo, cuya imagen se halla puesta en los altares, y aprended por sus palabras lo que fue el maestro para con el discípulo y lo que fue el discípulo para con el maestro.

Conocéis, de nombre al menos, al bienaventurado Pedro Canicio, una de los primeros discípulos de San Ignacio, hombre verdaderamente prodigioso, que á mediados del siglo XVI tuvo en jaque al protestantismo alemán, y dejó en la Iglesia memoria de gran apóstol, de gran doctor y de gran santo. ¿Cuál fue el origen de tanta gloria? La atribuye el mismo santo muy especialmente á uno de sus primeros maestros, y fijad la atención en los términos: habla lleno de sinceridad del P. Van Esch, su guía espiritual, y su maestro predilecto:

“Bendice, alma mía, al Señor; nunca sabrás alabar lo bastante á esa inmensa bondad que te dio por guía, para animarte diariamente en el camino de la virtud, á semejante hombre. ¡Ah! no fueron el primer objeto de su amor y de sus cuidados mis progresos y mis prosperidades de la tierra, sino la salvación y gloria de mi alma. En la Escuela de aquel sabio maestro comencé bien pronto á desagradarme á mí mismo para agradaros más á vos, Dios mío, que erais bien poco conocido todavía, siéndome quizá menos temido aún en aquella época de mi juventud. Jamás me fue tan querido, ni se halló tan estrechamente á mí unido hombre alguno de la tierra. Defería yo á sus deseos con toda la docilidad que un padre tiene derecho á esperar de un hijo.”

Y añade la siguiente oración, con la cual termina, y que formulo hoy por mi parte como el mejor de mis votos en obsequio vuestro:

“Os ruego, Señor, custodio fiel y amigo tierno de los hombres, os dignéis conceder á muchos niños la gracia que no me rehusasteis cuando era yo de su edad. Haced que todos encuentren maestros dignos y piadosos que por la fuerza de la palabra, y sobre todo del ejemplo, les inspiren mayor aversión al vicio que á la barbarie; que en sus trabajos se propongan un fin legítimo, el verdadero fin; que piensen en conquistar una ciencia sólida que los ponga en condiciones de procurarse el propio bien y el bien de sus semejantes, primero para la gloria de vuestro nombre, término supremo de todas las cosas, y después para prosperidad de vuestra Iglesia, que en nuestro afecto y en nuestra obediencia debe ser preferida á los padres, á los amigos y á la patria. Así sea.”

MONSEÑOR BAUNARD

## La enseñanza práctica

### III

M. Alfred Fouillée, del Instituto, se expresa, con motivo de la torpe mutilación del bachillerato clásico en Francia, en los términos que traducimos y extractamos á continuación:

“Importa, al organizar la enseñanza, no poner en olvido el verdadero fin á que tiende, y que no es otro que transmitir á los jóvenes la herencia de las grandes ideas morales y cívicas, generadoras de los sentimientos elevados y de las supremas energías. Todo el que conceda que existe eficacia en las ideas debe, para ser consecuente, pedir que la enseñanza entera esté dominada y dirigida por los más altos conceptos nacionales y humanos. Francia recibió de la antigüedad clásica y del Cristianismo cierto número de ideas; las completó en los siglos XVIII y XIX, y de ellas deriva su gloria. Tales ideas, que constituyen una fuerza, deben ser el principal resorte de la educación....